

de gracia, de distincion, de misterio que las rodeaba, y por último, acompañarlas al ferro-carril de Génova, y despedirnos de ellas y de su honorable hermano como buenos amigos, cambiando las señas de nuestra habitual morada, y escribiendo ellos tres sus nombres en nuestras carteras, y nosotros los nuestros en las suyas.

¡Porque se han ido!...—¡Quién sabe si Mr. Iriarte me habrá abandonado por seguir las!

Yo de mí sé decir que nunca me he visto mas espuesto á enamorarme...

Pero ¿de cuál de las dos?

Esto es lo que no sé.

Yo no podía comprender á la una sin la otra.—Eran dos figuras diferentes, que se completaban al reunirse.—Separarlas, hubiera equivalido á deshacer un armonioso grupo de escultura.

Isabel era mas alta; mas fuerte. Tenia los ojos y los cabellos negros, la tez mate, los dientes como perlas, y el talle noble y gentil como el de Juno.—Juana era rubia, de ojos azules, blanca y delgada, alegre y chispeante.—Sin Juana no hubiera sonreido nunca Isabel. Isabel prestaba en cambio su serenidad melancólica á la impresionable Juana. Eran, en fin, dos flores de un mismo tallo.—La una era la gracia y la otra la hermosura; pero esta hermosura y esta gracia se influian, combinándose en un solo atributo, que constituia el principal encanto de las dos hermanas. Asi es que lo que mas me agradaba en ellas, lo que mas me enamoraba, era oirlas hablar entre si, verlas abrazadas, mirarlas mirarse, considerar cuánto se querian, en qué se diferenciaban, cómo se equilibraban sus diversos atractivos, y hasta qué punto hubiera sido imposible á un hombre prendarse solamente de una de las dos hermanas.

Creo, pues, que me hubiera enamorado de las dos.—¡Oh!... ¡Yo no habria tenido el mal gusto de contentarme con la mitad de tanta maravilla!—Los gemelos de Siam eran dos almas en un solo cuerpo.—Juana é Isabel eran dos cuerpos con una sola alma. No amarlas juntas hubiera sido amarlas á medias...—Regalo este asunto á la imaginacion de un novelista, suplicándole que me dedique la novela.

Ni han sido estos los únicos ratos de buena sociedad que he disfrutado en la capital del Piamonte; puesto que he tenido la dicha de encontrar en ella, de ministro plenipotenciario de España, al distinguido publicista señor don Diego Coello, con cuya amistad me honro hace algunos años.

Siempre es grato para el que viaja por el extranjero, penetrar en la casa cobijada por la bandera de su pais y á cuya puerta se ven las armas que simbolizan su nacionalidad. Dentro de aquellos umbrales está la patria. Allí cree uno respirar el aire amigo que meció su cuna. A pocos pasos que dé, resonará en sus oidos la lengua natal; encontrará afables compatriotas; recibirá noticias de la materna tierra...

Pero esta impresion es mucho mas dulce cuando se encuentra, como yo encontré en Turin (y pago una deuda de gratitud consignándolo en este lugar), la

patria y la amistad reunidas bajo un mismo techo; la acogida mas cariñosa; las atenciones mas delicadas y hasta un reflejo de los perdidos goces de familia.

Asi es que yo recordaré siempre con placer las noches que he pasado en casa del señor Coello, oyendo á su amable cuanto bella y elegante esposa recordar en el piano las melodias populares de España; departiendo amigablemente sobre nuestro pais con los ilustrados jóvenes agregados á la legacion; trabando una amistad, que promete ser cordial y larga, con el secretario señor Duro, que tanto me ha acompañado y atendido; jugando al tresillo con el famoso ingeniero y diputado español señor Ardanaz y con mi delicioso amigo el nunca bien ponderado duque de la Roca, antiguo conde de Requena, ó viendo mas de mil retratos fotográficos de otras tantas personas de Madrid,—entre ellas mas de la mitad amigas ó conocidas mias; beldades afamadas, hombres políticos, periodistas, militares, poetas, músicos y danzantes.

¡Oh, la fotografia es á la vista lo que el telégrafo eléctrico al oido!—Con el telégrafo eléctrico, podeis oir á vuestros amigos y parientes, á vuestros padres y vuestras amadas, á una distancia de miles de leguas.—Con la fotografia, podeis verlos; cruzar vuestra mirada con la suya; palpar su misma sombra; creerlos en su presencia...

Regalo este asunto á un poeta enamorado.—Por mi parte... son las nueve menos diez minutos, y no puedo detenerme en largas consideraciones.

Volvamos, pues, á la historia.

El señor Coello trasladó una mañana toda su tertulia á *Stupiniggi*, donde nos dió un magnifico almuerzo.

*Stupiniggi* es una residencia real de caza, situada á dos leguas de Turin.

El intendente de palacio la habia puesto aquel dia á disposicion de nuestro ministro.

El castillo, que se alza en medio de unos estensos jardines y dilatados bosques, ostenta sobre su techo un enorme ciervo de bronce dorado, como simbolo venatorio.

Nosotros nos instalamos en una linda glorieta, cerca de un lago artificial, á la sombra de espesimos árboles, desde donde se alcanzaba una admirable vista de todos los jardines y de las interminables alamedas que arrancan del castillo.

La hermosura de aquel lugar, en que la naturaleza y el arte han acumulado singulares encantos; la esplendidez y serenidad de un apacible dia de otoño; la alegría de los comensales; el idioma español que no abandonamos ni un momento; la vaga melancolia que nuestra condicion de extranjeros no podia menos de infundirnos, y la dulce tristeza que á mí me inspiraba aquel dia de efusion y de quietud, despues de tantos otros de soledad y vértigo, y en visperas de volver á luchar con los azares del viaje y con las melancolias propias del que va por extrañas tierras, al modo de ave de paso; todo esto, digo, producía en mi alma una sorda inquietud, un suave placer, unos tácitos movimientos de ternura, una confusion, en fin, de encontradas emociones, que nunca olvidaré... ni lo deseo.

Al siguiente dia (que fue el de ayer) cambió la decoracion completamente.

—Tres escursiones hice, y las tres me pusieron en inmediato contacto con los muertos.

Mi primera escursion fue al *Museo egipcio*, que como os dejo indicado, es de primer orden. Algunos afirman que no tiene rival en Europa; y por consiguiente, ni en ninguna parte.

En él vi los despojos de un pueblo, de una civilización, de una edad del mundo.—Desde las estatuas de los dioses que se veneraban antes del nacimiento de Moisés, hasta las de los reyes que edificaron las Pirámides; desde las esfinges y los animales inmundos que se adoraban en el valle del Nilo, hasta las momias de los mismos que los adoraban; desde las armas del guerrero, hasta las telas preciosas y las alhajas que adornaron á las reinas; desde los manuscritos en *papyrus*, que han revelado el secreto de tan remota historia, hasta los instrumentos de agricultura, el ajuar doméstico, los vasos llenos de pinturas y los emblemas mitológicos que han desvelado el misterio de aquella vida, de aquellas costumbres...; todo, todo se encontraba en tan magnífico museo; todo acreditaba las mas peregrinas aseveraciones de la historia; todo hablaba un severo lenguaje que introducía la desolación en mi espíritu.

Porque esta es la verdad. Cuando los testimonios del tiempo pasado se refieren solamente á tres, á doce, hasta á veinte siglos, despiertan en el alma poéticas imaginaciones; pero cuando se estienden mas allá de la historia de nuestra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores á la nuestra; cuando nos revelan otro mundo completamente extraño á nuestra genealogía histórica, lo que se despierta en el alma es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y sustancia de la imaginación.—Un sepulcro de la Edad Media, v. g., se contempla con amor, con devoción, con respeto, con melancolía... Diríase que á él nos une un sentimiento filial y religioso... Pero las ruinas de Palmira, un sepulcro fenicio, un geroglífico de Thébas, nos inspiran graves y áridos pensamientos, una indiferencia estóica, una cruel misantropía.

Estas eran al menos mis ideas al contemplar las momias del *Museo egipcio*.—¡Tenía ante mi vista una infinidad de cadáveres, cuyos ojos, cuyos cabellos, cuyos dientes, cuya carne, cuyas facciones todas se conservaban tan perfectamente, que si hubieran resucitado tal como se hallaban, de seguro se hubieran reconocido los hijos y los padres, los amigos y los enemigos, los amantes y las amadas, los deudores y los acreedores, los vasallos y los reyes!—¡Y sin embargo, hacia cuatro mil años que aquellos cuerpos se habían despedido de sus almas! ¡Hacia cuarenta siglos que yacían en aquella postura, que dormían con aquel gesto, que se encontraban liados en aquellas fajas de engomada tela!

Yo pido encarecidamente á mis albaceas testamentarios (que nombraré con el tiempo), que no me embalsamen de manera alguna, ni me sepulten en ataúd incorruptible, ni tan siquiera me entierren en un nicho de los que se estilan hoy.—Volvedme á la tierra cuando la tierra me llame.—No me legueis á la sacrilega curiosidad de futuras generaciones. ¡Que no me vea yo... esto es, que no me

vean á mi las gentes con el poco amor, con el ningún miedo, con la falta de respeto y hasta de asco con que miro yo ahora á estos infortunados egipcios!—¡Infortunados, si!—¡Hace cuatro mil años que se les niega la madre tierra!—¡Qué destierro podrá compararse con el suyo!

Desde el *Museo* me fui á la *Superga*.

La *Superga* (de la que no sé como no os he hablado ya muchas veces) es la mas alta cumbre de la serie de colinas que llevan el nombre de Montes de Turin, y de que forma parte el Monte de los Capuchinos, que ya conocemos.

Sobre aquella eminente cumbre levántase un hermoso templo, que se divisa á muchas leguas de distancia, por cualquier parte que se acerque el viajero á la capital del Piamonte.

En aquel templo duermen el sueño de la muerte los reyes de Cerdeña. Es, como si dijéramos, el Escorial de la dinastía de Saboya.

De Turin á la *Superga* hay dos leguas escasas, pero muy penosas, en razon á que se componen de ásperas cuestas y complicados rodeos. Para llegar á la misma puerta de la iglesia en carruaje, hay precision de enganchar cuatro caballos, y aun así se va muy lentamente y con gran peligro de rodar cejando hasta estrellarse.—La costumbre inglesa es hacer la escursion en asnos.—Yo hice la mitad en coche y la otra mitad á pie.

Solo la vista que se disfruta desde lo alto de este monte, que se eleva mil cuatrocientos pies sobre Turin, vale la pena de la subida.—Dichosamente para mí, el día no era muy trasparente: de lo contrario habria tenido el disgusto de divisar antes de tiempo todo el territorio que pienso recorrer en cuatro ó cinco días.—Sin embargo alcancé á ver todo el Piamonte, todos los Alpes y mucha parte de las llanuras lombardas.

La iglesia de la *Superga* es de noble aspecto. Precédela un peristilo corintio al que se sube por una escalinata. El edificio principal es redondo, y termina en una elegante cúpula. A los lados, y armonizando con él, hay unas casitas cuadradas, coronadas por altas torres.

Los franceses, que no cuentan nunca sino sus victorias, se han cuidado muy bien de omitir en sus libros de viajes el origen del panteon de la *Superga*. Es el siguiente.

Al amanecer el día 7 de setiembre de 1706, hallábanse en el mismo sitio que hoy ocupa la iglesia, el famoso *Príncipe Eugenio*, generalísimo del emperador de Austria, y el duque de Saboya, Victor Amadeo I, observando los movimientos de un ejército francés que se acercaba á Turin, á cuyas puertas estaban acampados los soldados imperiales.—Mandaban las tropas francesas el duque de Orleans y el mariscal Marchin, batidos ya muchas veces por el Príncipe; y como notara este cierta vacilación en la marcha y maniobras del enemigo, cuando aun no habia principiado la batalla, exclamó dirigiéndose á Victor Amadeo:

—Señor, se me antoja que aquella gente está ya medio vencida.

El duque de Saboya creyó en el presagio, é hizo en seguida voto de dedicar

una iglesia á Maria Santísima en el mismo lugar que entonces pisaba, si el Príncipe Eugenio derrotaba aquel día á los franceses.

Así sucedió, en efecto, pocas horas despues; y fue tan decisiva y brillante



José Caribaldi.

aquella victoria, que terminó la campaña y le valió al duque de Saboya el recuperar todos sus Estados y cambiar su título de duque por el de rey.

Dicho se está que la iglesia fue edificada; mas, para colmo de piedad, se dis-

puso hacer un gran panteon debajo del templo, donde serian sepultados todos los reyes de Cerdeña.

Yace allí, pues, Víctor Amadeo I, tal vez en el mismo lugar en que hizo la promesa, y en pos del suyo, siguen los sarcófagos de la regia dinastía que principió en él.

El panteon tiene la forma de una cruz, y en su centro se alza un magnífico sepulcro, donde es costumbre depositar el cadáver del último rey muerto, hasta que viene su sucesor á relevarle.

Por consiguiente, aquel sepulcro contiene hoy los restos mortales de Carlos Alberto.

Su ataúd está completamente cubierto de coronas de siemprevivas, ó de plata y oro; de guirnaldas de flores; de ramas de laurel, y de otras ofrendas que renueva sin cesar el amor de los agradecidos piemonteses.

En una de las torres de los edificios contiguos á la iglesia, hay un salon cuyas cuatro paredes están cubiertas con retratos de todos los papas que han ocupado la silla de San Pedro...

¡Y qué singulares ideas despertó en mi ánimo la vista de todos los pontífices, encerrados en la torre mas alta de Turin!...

—Mire usted, me dijo el conserje de la casa. Este papa era español.

Y me señalaba á Calisto III.

—Eso quiere decir que usted sabe que yo lo soy.—Gracias por la galantería.

—He visto á tantos extranjeros, que adivino por la voz la patria de cada uno.

—Es natural. Pero dígame usted. ¿Por qué está mas estropeado que los demás el retrato de Pio IX, siendo así que debe de haber sido pintado de los últimos?

—¡Ah!... Señor... Los liberales... los ingleses...

—Basta. ¿Y aquel? ¿Por qué está colgado del revés?

—Porque es Alejandro VI.

—¿Pero quién le ha colocado así?

—Los estudiantes, señor... los estudiantes...

—¿Y aquel otro? ¿Por qué tiene la cabeza para abajo?

—¿Pues no la conoce usted? ¡Es la papisa Juana!...

—¿Y usted, qué dice á eso?

—Yo... señor... que cada uno cree sus cosas. Los tiempos han venido así, y yo estoy esperando que el mejor día me echen á mí y á los Santos Padres por ese balcón.

—¿Luego usted ha conocido otros tiempos en este mismo oficio?

—Ya lo creo... Hace cuarenta años que vivo aquí.

—¡Oh!... hace cuarenta años...

—Hace cuarenta años todo el mundo entraba rezando por esa puerta. Ahora entran los muchachos diciendo de corrido la historia de los papas. ¡Y qué historias! ¡Peores que las comedias!

—Pero ¿qué es eso? ¿No hay religion en Turin?

—Religion... si, señor. Pero la han tomado con el clero... ya me entiende usted... Con el clero alto... ¡Con Roma! —añadió bajando la voz.

—¿Y á eso? ¿Qué dice usted?

—Señor, yo no digo nada.

—Pues ni yo tampoco.

Y el hombre se quedaria diciendo:—«Todos estos españoles son absolutistas...»

Y yo me fui diciendo... lo que os podeis figurar.

Cuando llegué á Turin serian las tres de la tarde. El tiempo estaba hermoso; mi espíritu se encontraba templado algo filosóficamente, y el coche me pertenecia hasta el oscurecer.

—¿A dónde vamos? me preguntó el cochero.

—Al cementerio, le contesté sin vacilar.

El *Campo-Santo* de Turin, ó sea el cementerio nuevo; abierto al público (¡qué frase!) en 1829, se halla situado á una media legua de la capital, á las orillas del tortuoso Dora.

Cuatro galerías de arcos, revestidas de nichos, habitados en su mayor parte, encierran un vastísimo cuadrilongo, sembrado de lápidas y cruces, y dividido por una quinta galería.

Lo que mas sorprende al viajero en aquella pacífica ciudad es su grande estension, el orden y el aseo de las tumbas... quiero decir, de las casas, y el nombre de alguno de sus inquilinos.

Allí moran los cuerpos de cuatro hombres, cuyas almas conocí yo y traté en mis pasados tiempos de estudiante.

Y es que sus almas habian ido á buscarme á Guadix, adheridas á las hojas de algunos libros.

Estos libros se llamaban *Las veladas de San Petersburgo*, *Le mie Prigioni*, *Francesca de Rimini*, *Eufemio di Messina*, *Ensayo sobre lo bello*, *El jesuita moderno*, *Méropé*, *Agamenon* y *Mirra*.

Dicho se está que los hombres de que hablo y cuyas tumbas visité ayer, son el conde José le Maistre, Silvio Pellico, el abate Gioberti, y Victor Alfieri.

En punto á monumentos, el único digno de mencion que encierra aquel Campo-Santo es el de Pier Dionigi Pinelli, dos veces ministro y otras dos presidente de la cámara popular de Turin.—Este sepulcro es obra de G. Albertoni.

Finalmente, el conserje del establecimiento me dijo que se trataba de ensanchar aquella vasta necrópole, añadiéndole nuevas galerías de nichos; y esto me hizo volver á reprobar el sistema de inhumacion que se emplea generalmente en nuestra época.

—¡Ilusos mortales! murmuré en mis adentros... ¿A dónde ireis á parar por este camino? ¿Tratais de construir una casa para albergar á cada difunto? ¿Creeis posible retener sobre la tierra á todas las generaciones? ¿No se os ocurre que si ensanchais los cementerios á medida que se vayan poblando, llegará un dia en

que las ciudades de los muertos serán mas grandes que las de los vivos? Y despues... ¿qué sucederá? Que los cadáveres ocuparán todos los campos; que llegarán á las puertas de nuestras capitales; que nos echarán de nuestras casas; que cubrirán toda la superficie del globo...—¡Por mi fe que esto sería sumamente poético!

¡Dejad, dejad comer á la hambrienta tierra! ¡No quebranteis las leyes naturales!—¿Quién puede asegurar que el oidium, el cólera, el desorden atmosférico que se nota en todos los climas y en todas las estaciones, las nuevas ideas que tanto os intimidan, los fenómenos morales que os asustan, la decadencia de las bellas letras, la escasez de algunos metales preciosos, y hasta la carestia de los inquilinatos, no consisten en que la madre tierra echa de menos su racion de carne humana?

¡Quién lo sabe, señores, quién lo sabe!...

Pero son las nueve y media... No hay tiempo que perder. Las demás cosas que he visto en Turin, asi como los que no he visto, serán asunto de otra conversacion, si por acaso vuelvo á esta ciudad, lo cual puede suceder...

Ahora pensemos solamente en que esta noche dormiremos en Pavia y mañana á la noche en Milan; y en que hoy es pleniluvio, y yo necesito estar en Venecia antes del cuarto menguante.

Adios, pues, al Piamonte... Adios... *Ó, á rivederci!*—En medio de todo, fuerza es confesar que este es gran pueblo.—Su civilizacion, sus buenas costumbres, sus adelantos materiales; el severo carácter, acendrado patriotismo, probada fortaleza y noble compostura de la raza; la sensatez y laboriosidad de las clases pobres; la ilustracion de la nobleza; el orden administrativo; las virtudes cívicas y privadas de que dan sus hombres públicos tantos ejemplos; la paz y la libertad que reinan en todas partes, á pesar de las graves circunstancias porque atraviesa el país; la red de ferro-carriles, carreteras y canales de riego y navegacion que envuelve todo el territorio; el estado de los campos; la seguridad con que se camina por las mas pobres y solitarias comarcas, y la prodigiosa rareza de los crímenes, se atraen la simpatía del viajero, haciéndole olvidar lo que haya de violento, de temerario, de desleal y de odioso en los medios de que, al decir de algunos, se ha valido el gobierno piamontés para hacer estensivas á toda Italia la libertad, la prosperidad y la independencia que aquí se disfrutan.

¡Las diez menos cuarto!...—Cojo mi saco de noche; dejo el hotel; entro en una *vettura*; grito al cochero: *¡Strada-ferrata di Alessandria!*... llego al camino de hierro, cuando el tren principia á moverse; lo asalto al paso con mil apuros... y pocos momentos despues estoy ya tan lejos de Turin, que apenas diviso por encima de los frondosos árboles de *Moncalieri*, la enhiesta cima y el mortuorio templo de la *Superga*, paladion de la independencia del Piamonte.